

natural; le acusa también de haberse mofado de los más sagrados misterios, tratando el sacramento de la Eucaristía (1) como una ridícula farsa, y, por fin, para colmo de abominación, le acusa de preferir la ley de Mahoma á la de Jesucristo (2).

Gregorio y Federico apelan á la opinion pública: vencerá el que tenga á su lado la conciencia general. Á primera vista parece que en este terreno no debía ser dudosa la victoria. El jefe de la cristiandad, el vicario de Dios acusa á Federico de negar la divinidad de Cristo en una época de fe ciega. ¿No bastaría esta acusación para perder al emperador? La primera impresión fué, en efecto, terrible: los corazones de los fieles se sobrecogieron de espanto y de horror, según dice un contemporáneo (3). Sin embargo, cosa extraña, la voz pública se inclinó al emperador más que al papa, porque el papado explotaba á la cristiandad en interés de su ambición; para luchar con los emperadores, necesitaban los papas hombres y dinero, para lo que dispusieron arbitrariamente de los beneficios é impusieron á las iglesias tributos que crecían todos los días; de aquí las quejas y una violenta reacción. El mundo cristiano estaba dispuesto á sublevarse contra Federico, el enemigo de Cristo; pero la avaricia romana desvió á los pueblos de la santa sede, censurando á Gregorio porque, en su ciego furor, lanzaba contra su enemigo imputaciones contradictorias, diciendo unas veces que estaba unido á la ley de Mahoma y otras que consideraba á Mahoma con Jesucristo y Moisés como impostores; se decía, en fin, que el odio era el que hablaba por la boca de Gregorio y no la verdad (4).

Aún tenían gran ascendiente los Hohenstaufen en Alemania, donde fué recibida desfavorablemente la excomunión de Federico hasta por los clérigos; suplicaron al papa que no les obligase á pu-

(1) La opinion pública atribuye dichos sacrilegios á Federico. Dicese que al ver llevar á un enfermo la hostia, exclamó: «¿Cuánto tiempo durará esta farsa?» Al pasar cerca de un campo de trigo dijo: «¿Cuántos dioses se harán con este trigo?» (RAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, t. III, p. 632).

(2) MATTH. PARIS, a. 1239, p. 408.

(3) MATTHIEU PARIS expresa su horror en estos términos: «Absit, absit alicquem virum discretum, nedum hominem Christianum in tam furibundam blasphemiam os et linguam reserasset» (ad a. 1239, p. 408). C. ID., ad a. 1239, p. 459.

(4) MATTH. PARIS, *ib.*: «Nisi romana avaritia devotionem populorum a Papa plus quam expediret, avertisset: totus mundus hac epistola exasperatus, in Imperatorem, quasi in manifestum hostem Ecclesie, et Christi inimicum, graviter et unanimiter insurrexisset.»

blicar sus censuras contra el emperador; que pensara, por el contrario, en hacer la paz con él, para apaciguar el escándalo que se había suscitado en la Iglesia y para evitar mayores males: tres arzobispos y diez obispos firmaron estas cartas (1). La Alemania veía que Gregorio estaba aliado á los enemigos del imperio, y la opinion pública le acusaba sin rebozo de abusar de su poder espiritual en favor de las ciudades lombardas; la insolencia de los legados exasperaba á los prelados, porque ellos, los príncipes de la Iglesia, tenían que estar subordinados á los enviados pontificios. ¿No se había visto ya que un legado establecido en Francia había citado ántes á obispos alemanes? (2). Heridos en su dignidad y amenazados en su independencia, se agruparon alrededor del emperador, á riesgo de un cisma: «¿Con qué derecho, exclamaban, el obispo de Roma pretende inmiscuirse, sin nuestro asentimiento, en asuntos de Alemania? Trasquile como quiera sus ovejas de Italia; por nuestra parte, nosotros defenderemos las nuestras contra los lobos que se disfrazan con traje de pastor.» Voces más apasionadas llegaron á oírse; un obispo acusó al papa de ser fabricante de discordias y de sembrar la división y la guerra para levantar su despótico poder sobre las ruinas de todos los derechos, atreviéndose á llamar á la dominación pontificia el imperio del anticristo y pronunciando el nombre de Babilonia para calificar á la santa sede (3).

Esta voz es una voz enemiga que anuncia las violencias de la reforma; pero es también una señal de los tiempos. Los espíritus, aunque todavía eran cristianos, empezaban á separarse del pontificado. No todos los obispos iban tan lejos como el obispo de Salzbourg; pero ninguno quiso ayudar para la deposición de Federico. En vano intentó Gregorio hacer que eligieran un nuevo emperador: los grandes laicos y eclesiásticos le respondieron que el pontificado no tenía derecho de crear y depone emperadores, sino de coronar al que los príncipes eligiesen; el legado del papa tuvo que confesar que la Alemania estaba poco propicia, diciendo: «El entusiasmo patriótico la agita; los príncipes y

(1) PERTZ, *Leg.*, t. II, p. 334-335.

(2) RAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, tomo IV, pág. 25 y siguientes.

(3) Estos discursos se hallan en AVENTINUS, *Annal. Bojor.*, VII, 5. AVENTINO encontró en el siglo XVI las actas del legado pontificio ALBERTO DE BOHEMIA: estas actas han desaparecido despues (GIESELER, *Kirchengeschichte*, II, 2, § 55, nota 1.).

los obispos mismos están prontos á bajar á Italia para sostener, arma en mano, las pretensiones del enemigo de la santa sede» (1).

Federico encontró un defensor en el más piadoso de los reyes. San Luis, aunque unido al papa como vicario de Jesucristo con profunda fe, desaprobaba los excesos del poder de la Iglesia; y en la guerra entre los Hohenstaufen y el papado abrazó casi siempre el partido del imperio contra el sacerdocio; pero el apoyo que el rey de Francia dió á Federico fué puramente moral; las cruzadas absorbían todos sus pensamientos y todas sus fuerzas; por otra parte, el interés del reino francés tenía que ser opuesto á que la Alemania saliese victoriosa de una lucha que tenía por objeto la monarquía universal. Sin embargo, las relaciones de Luis IX y de los Hohenstaufen tienen un gran interés para la historia; la voz de un príncipe canonizado que se pronuncia contra el papa á favor de un emperador excomulgado es la voz de la conciencia humana condenando la ambición del papado.

No encontrando Gregorio dispuesto á ningún príncipe alemán á arrancar la corona imperial á Federico II, se dirigió á San Luis y le escribió diciéndole que había depuesto á Federico, y que había escogido en su lugar al conde Roberto, hermano del rey de Francia, é instó á San Luis para que aceptase la dignidad que se le ofrecía, prometiéndole el apoyo de la Iglesia y la ayuda de sus tesoros. En el consejo de los barones que el rey reunió, hubo vivas recriminaciones contra las pretensiones del papa: «¿De dónde procede, dijeron, ese orgullo y esa audacia temeraria de querer arrojar de su trono á un príncipe que no tiene igual en la cristiandad? ¿Pueden creerse los crímenes de que se acusa á Federico, cuando el acusador es su enemigo? La Francia no tiene por qué quejarse del emperador, que ha sido siempre un buen vecino; decirnos contra él sería hacernos instrumentos de las cóleras del papa y de su ambición; si triunfa de Federico, hollará despues á todos los príncipes del mundo.» Sin embargo, el rey no pudo tomar sobre sí la negativa de la oferta del pontífice con este desden; y bajo su inspiración, decidió el consejo que fuesen enviados á averiguar el estado de fe del emperador, comprometidos los barones á ha-

cerle la guerra si resultaba culpable; Federico protestó que jamás se había desviado de la verdadera fe, que Gregorio le difamaba por odio, y exclamó: «¡Dios será el juez entre él y yo!» (1). Luis IX, sin asociarse á las cóleras de sus barones, rechazó las ofertas de Gregorio y prohibió á los legados que obraran en Francia contra el emperador (2).

Federico parecía triunfar; la victoria se decidía por el excomulgado. Los grandes laicos y eclesiásticos, y San Luis mismo, se decidieron por el emperador; sin embargo, Gregorio fué inflexible; algunos días ántes de su muerte escribió: «Que no se dejen abatir los fieles por las apariencias engañosas del estado actual de las cosas; que tengan confianza en Dios. La barca de San Pedro es agitada algunas veces por la tempestad y es arrojada sobre los escollos; pero bien pronto, cuando ménos se espera, se la ve reaparecer sobre las olas y bogar tranquila sobre un mar en calma» (3). Admiramos el valor de un anciano centenario, que ve derrumbarse todas sus esperanzas sin perder la fe en el porvenir; pero deploramos la cólera que Gregorio empleó en la prosecución de sus designios; la guerra santa fué el motivo de su ruptura, y deberíamos decir el pretexto, porque una vez comprometida la lucha, el papa se olvidó del sepulcro de Cristo y sacrificó el rescate de Jerusalem á su odio contra Federico.

Se predicó una nueva cruzada despues de la reconciliación del papa y el emperador; ya se había fijado el día de la partida, cuando llegó un hermano templario, en nombre del soberano pontífice, á dispensar de la peregrinación «á los que pagasen una cantidad de dinero destinada á un empleo más útil.» La guerra santa no fué ya más que un medio de sacar dinero; en vez de emplear las fuerzas de la cristiandad contra los Sarracenos, las utilizó el papa contra el emperador. Federico le acusó de no querer la paz (4); es cierto que Gregorio la rehusó

(1) MATTH. PARIS, a. 1239, p. 461.

(2) El testimonio de San Luis pone en un conflicto á los ultramontanos; no atreviéndose á rechazarlo, suponen que la crónica de M. PARIS ha sido falsificada; pero nos queda una carta de San Luis que confirma el testimonio de M. PARIS (*Epist. Ludovici ad Friderici*, ap. P. DE VINEIS, *Epist.*, I, 12): «Legatos Ecclesie, in prejudicium vestrum volentes subsidium nostrum implorare, manifeste repulimus, nec in regno nostro contra Majestatem vestram potuerunt aliquid obtinere.» C. M. PARIS, a. 1240, p. 482; a. 1247, p. 630.

(3) SAVIOLI, *Annali di Bologna*, III, 2 (RAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, t. IV, p. 43 y siguientes).

(4) P. DE VINEIS, *Epist.*, I, 11: «Qui pacem et tractatum pacis recipere denegabat, ad universalem dissensionem aspirans.»

(1) AVENTINI, *Excerpti ex actis Alberti Bohemi* (en CEFEL, *Res. Boicar. Script.*, t. I, p. 799).

á instancias del conde Ricardo, hermano del rey de Inglaterra, á quien el emperador habia dado pleno poder para negociar un tratado. El papa exigió que Federico se sometiera sin condicion (1); y semejantes proposiciones equivalian á negarse á tratar. Federico se quejó de ello á Luis IX, diciendo: "El padre santo rechaza la paz, queriendo la destruccion de mi raza," (2). Las invasiones de los terribles Tártaros, que amenazaban destruir el nombre cristiano, no llegaron á inspirar sentimientos pacíficos en el anciano pontifice; fué preciso que el emperador, defensor nato de la cristiandad, dejase abandonada á Europa para defender su corona contra la Iglesia (3). Gregorio es un héroe, pero un héroe pagano, que no es discípulo de un Dios de paz y caridad. Con aquel espíritu de hierro, Roma debía vencer; pero en vez de aprovechar á los papas la victoria, aprovechará á la humanidad. Instrumentos en la mano de la Providencia, los papas trabajan por una causa que no es la suya.

N.º 2.—*Federico II é Inocencio IV.*

I.

La guerra del sacerdocio y del imperio es la lucha de dos soberanías, de las cuales cada una aspira á la omnipotencia. Estas inconciliables pretensiones conducen á un combate á muerte. Los defensores del papado han intentado en vano descargar á la santa sede de la responsabilidad de la sangre vertida, desfigurando el objeto de la lucha; pero la historia contradice á cada paso su apología: se alteran los hechos cuando se dice que la guerra del sacerdocio y del imperio es la guerra de la libertad contra el despotismo; verdad es que, bajo Federico Barbaroja, la libertad italiana desempeña un papel importante; pero á medida que la lucha se prolonga, desaparecen las ciudades lombardas ante los inmensos intereses que están en juego; no se trata ya de la independencia de algunas ciudades, sino de la existencia del papado y del impe-

(1) M. PARIS, *ad a.* 1241, p. 506: «Vult Papa omnibus modis ut Imperator se absolute subijceret ipsius Papae arbitrio et voluntati.»

(2) *Epist. FRIDERICI ad regem Francia* (MARTENE, *Ampliss. Collect.*, t. II, p. 1139): «Multotiens pacis ab eo sunt vilipensa consilia, ut repente nos perdere cogitaret, et eo impetu, ut nostrum ac generis nostri nomen perpetuo crederet abolere.»

(3) Véanse las quejas de Federico en M. PARIS, *a.* 1241, página 497.

rio. Gregorio IX inaugura su pontificado con la excomunion de Federico; la paz de San German, firmada por él, no es más que una tregua. Su sucesor es un amigo de Federico; pero apenas sentado en la cátedra de San Pedro, Inocencio IV olvidó tan completamente sus sentimientos, que la amistad se convierte en implacable odio. Inocencio es el hombre de los combates sin compasion ni piedad; hay grandeza en su desmesurado orgullo, en su odio que canta victoria sobre la tumba de un amigo; pero es la grandeza de los ángeles malos. Tal vez fuera preciso un hombre implacable como la espada en el campo de batalla, para acabar con la indómita raza de los Hohenstaufen.

El papa convocó un concilio general en Lyon, y llamó á la cristiandad á resolver las contiendas entre el sacerdocio y el imperio; pero, arrastrado por la pasion, no esperó á que estuviesen reunidos para lanzar los rayos de la excomunion contra el emperador (1), como si quisiera significar de antemano que el concilio no sería más que un instrumento de su voluntad. Desde la primera sesion rechazó todas las proposiciones de Federico, sin embargo de hacer ofertas al emperador que hubieran debido tentar al vicario de Cristo: "Reduciría el imperio griego á la obediencia de la Iglesia romana; combatiría á los Tártaros, á los Sarracenos y á todos los enemigos del nombre cristiano; iría en persona á la Tierra Santa para librarla del inminente peligro en que se encontraba, y daría satisfaccion de todas las injurias de que el papa se quejaba." Inocencio no vió en estas promesas más que un cebo: "El emperador quiere desviar el golpe que amenaza ya á la raíz; si el concilio acepta estas engañosas proposiciones, ¿dónde estará la garantía de su ejecucion? ¿Quién podrá obligar á Federico á cumplirlas?"—"Los reyes de Francia y de Inglaterra saldrán garantes," respondió el plenipotenciario del emperador. Inocencio se negó, diciendo: "Si Federico falta á sus promesas, como no dudamos, nos veriamos obligados á reclamar á estos dos principes, y entónces la Iglesia tendría por enemigos á los monarcas más poderosos del mundo," (2).

Viendo Federico con qué vehemencia se decidió el papa contra él, exclamó: "¡El único fin para que se ha convocado el concilio es mi ruina!" (3).

(1) RAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, t. IV, p. 82.

(2) M. PARIS, *a.* 1245, p. 590 y siguientes.

(3) M. PARIS, *a.* 1245, p. 584.

Inocencio se apresuró á pronunciar la sentencia de excomunion y deposicion, diciendo: "Dios mismo arroja al emperador, privándole de todo honor y de toda dignidad." El papa absolvió de su juramento de fidelidad á todos los súbditos de Federico; prohibió que le obedecieran, y excomulgaba á todo el que le prestara algun apoyo. Inocencio tambien provocó á los demas principes á que eligieran otro rey, reservándose disponer del reino de Sicilia (1). Los Padres del concilio, despues de esta sentencia, arrojaron al suelo, para apagarlas, las antorchas que tenian en sus manos: así debía extinguirse el excomulgado y su raza.

Á la noticia de su excomunion, Federico exclamó con voz tonante: "¡Conque el papa me ha rechazado en su sínodo! ¡Me ha privado de mi corona! ¿Dónde estan mis joyas? Que me las traigan;" y haciendo abrir la caja que contenia sus coronas, tomó una y se la puso en la cabeza; despues, levantándose, con ojos amenazadores, "no, dijo, todavía no se ha perdido mi corona; ni los ataques del papa ni los decretos del concilio me la han quitado, y no la perderé sin que cueste mucha sangre y mucha carnicería," (2). El papa y el emperador habian arrojado el guante, y el combate supremo comenzó.

Cualquiera que fuese su audacia, el libre-pensador del siglo XIII no se atrevia á sobreponerse á las ideas dominantes; Federico declaró que reconocia el poder espiritual al vicario de Jesucristo, pero que le negaba el temporal: "Jesucristo ha conferido al pontifice pleno poder para atar y desatar en las cosas espirituales; pero no se lee en ninguna parte que una ley divina ó humana le haya dado el derecho de juzgar á los principes de la tierra y de trasferir á su gusto los reinos. ¿Cómo habia de tener ningun derecho contra el emperador, á quien no se le puede aplicar ninguna ley, porque está sobre la ley, y que no puede ser juzgado, porque no tiene otro juez que Dios?" (3). Federico sostiene, segun vemos, la doctrina de la independencia de los dos poderes; y hoy los católicos pretenden que esta doctrina es la de la Iglesia; oigamos la terrible respuesta de Inocencio: "El emperador niega que todas las personas, que todas las

cosas estén sometidas á la santa sede. Segun esto, ¡el que ha de juzgar un dia á los ángeles en el cielo no puede juzgar de las cosas de este mundo! Ya en tiempos de la ley antigua, los sacerdotes han depuesto á los reyes indignos, y el vicario de Cristo no ha de tener el mismo poder; se equivocan los que creen que Constantino ha sido el primero que ha concedido al papa un poder temporal; *este poder le ha sido concedido directamente por Jesucristo, verdadero sacerdote y verdadero rey en el orden de Melquisedec.* JESUCRISTO HA FUNDADO UNA DOMINACION Á LA VEZ REAL Y SACRAMENTAL; HA DADO Á SAN PEDRO EL IMPERIO DE LA TIERRA Y DE LOS CIELOS (1). Antes de Jesucristo, el poder temporal carecia de principio; era una tiranía sin ley ni medida. Constantino puso su poder en manos de la Iglesia, y en seguida lo recibió de ella santificado y legitimado."

Las pretensiones de Inocencio destruyen los embrollos de los ultramontanos modernos, que dicen que el papado no ha reivindicado nunca más que un poder espiritual: los más ardientes sólo piden para la Iglesia un poder indirecto sobre lo temporal. Los moderados ó los malignos sostienen que la Iglesia no ha pensado nunca en extender su soberanía á lo civil: ¿cómo concilian estas vanas excusas con las altivas palabras de Inocencio? Federico II reconocia al papa la plenitud del poder espiritual; pero no basta al papa lo espiritual: le hace falta tambien el poder temporal; y nótese que le reclama, no como una consecuencia de la facultad de atar y desatar ni como un derecho indirecto, sino como un derecho directo, transmitido por Jesucristo, sacerdote y rey, á su vicario. Evidentemente, con esta doctrina no es posible la monarquía ni la soberanía temporal; esto es lo que Federico no se cansó de decir á los principes para excitarlos contra la santa sede: "Si el papa puede depouer al emperador, tambien puede depouer á los reyes. ¡Dichosos aquellos á quienes hace prudentes el peligro ajeno! Que sirva de leccion á los reyes el ejemplo de la majestad imperial ultrajada, y que aprendan á conocer á su enemigo. El papa empieza por nos; si consigue abatir nuestro poder, fá-

(1) «Non solum pontificalem, sed regalem constituit principatum, beato Petro ejusque successoribus terreni simul ac caelestis imperii commissis habentibus, quod in pluritate clavium competenter in-nuitur.» *Codex Epistolar. Vatican.* (RAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, t. IV, p. 120.)

(1) P. DE VINEIS, *Epist.*, t. I, p. 51 y sig.—MANSI, *Concil.*, tomo XXIII, p. 613 y siguientes.

(2) M. PARIS, *a.* 1245, p. 595.

(3) P. DE VINEIS, *Epist.*, t. I, 3.